

los excesos de aquella inundación de franceses, gascones, normandos, bretones é ingleses, ni seguir detalladamente sus marchas y acciones, que en gran parte le valieron á Enrique la ocupación de Castilla. Recompensó largamente el nuevo rey á los capitanes aventureros, repartióles títulos y posesiones, y dió á Duguesclin el condado de Trastamara con título de duque. Entre tanto no se descuidaba el de Aragón en exigir el cumplimiento de la donación que, en agradecimiento á su buena amistad y ayuda, le hiciera Enrique, cuando no era más que conde de Trastamara para cuando ocupase el solio castellano, del reino de Murcia y de las ciudades y villas de Cuenca, Molina, Medinaceli, Soria y otros lugares. No trató de cumplir por entonces sus promesas Enrique, y pronto ocuparon la atención general los preparativos que hacía el destronado Pedro entablando amistad con el príncipe de Gales, *el Príncipe Negro*, y prodigando el oro á otras compañías de aventureros que intentaba oponer á las de Enrique. Algo desavenidos andaban por aquel entonces el monarca aragonés y Duguesclin; pero importándole á aquél no romper con el capitán en tan difíciles momentos, avistáronse en Lérida á primeros de Marzo de 1367, y concertaron que quedasen para éste las villas de Borja y Magallón, recibiendo en satisfacción de lo demás cuarenta mil florines. Prometióle también el rey darle dentro de un año dos naves gruesas y una galera pagadas por seis meses, y otras tantas cuyo sueldo correría á costa de Duguesclin, que se ofreció á pasar con aquella flota á Cerdeña y hacer la guerra al juez de Arborea. Avanzaba entretanto el ejército de D. Pedro de Castilla y del príncipe de Gales compuesto casi enteramente de ingleses y gascones; salióle al encuentro el de D. Enrique, y avistándose entre Nájera y Logroño trabaron una sangrienta pelea, en que la victoria restituyó á D. Pedro *el Cruel* la perdida corona. Quedaron prisioneros los mejores caudillos de las tropas de Enrique, en cuyo número también se contó Duguesclin; mas poco tiempo debió de sufrir la pérdida de su libertad, cayendo

en poder de unos hombres que sólo estimaban la presa por el lucro del rescate (1).

No estaba, sin embargo, apagado el rencor que durante la mayor parte de su vida animó á los hermanos Pedro y Enrique de Castilla; la suerte de las armas aún debía decidir cuál de los dos quedaría en el trono, y los aprestos que con el favor del rey de Francia y del duque de Anjou hacía el último, ninguna duda dejaban de su resolución de conquistar el reino ó perecer en la demanda. Entró por fin con un ejército por Ribagorza, y dirigiéndose á Navarra, pasó el Ebro por Agraza y llegó á Calahorra, desde donde caminó directamente á Burgos, alzándose en poco tiempo á su favor la mayor parte del reino. Nuevas desgracias afligían cada día á D. Pedro, sus ciudades caían una á una en poder del enemigo, y la imperial Toledo con harto trabajo resistía los ataques de sus sitiadores. Probó D. Pedro el último esfuerzo, y reuniendo la más gente que pudo, marchó al socorro de aquella ciudad y sentó sus reales en Montiel. No le hizo esperar D. Enrique, que entonces acababa de recibir el refuerzo de quinientas lanzas que de Francia le traía Duguesclin, y poniéndose en camino con tanta rapidez como sigilo, llegó á la vista del enemigo, que andaba desparcido por aquellos lugares, y que precipitadamente se reunió en el número que pudo. Vinieron á las manos ambas huestes un miércoles á 14 de Marzo de 1369; la sangre de soldados mercenarios y extranjeros en su mayor parte debía dar la corona á uno de los dos hermanos, y la fortuna quiso que fuese este D. Enrique. Al ver rotas y desbandadas sus gentes, refugióse el infeliz D. Pedro al castillo de Montiel, que su hermano mandó cercar al punto con una pared; y no hallando el sitiado medio alguno de escaparse, procuró seducir á Duguesclin, ofreciéndole, si le ponía en libertad, doscientas mil doblas y muchas principales villas. Comuni-

(1) Dejando el *Príncipe Negro* á la discreción del mismo Duguesclin el fijar la cantidad para su rescate, el valiente bretón, no cediéndole en generosidad, se tasó en 60,000 florines, suma considerable entonces.

cólo el valiente bretón á Enrique, y acordando que se fingiese aceptar la oferta, salió una noche del castillo D. Pedro con algunos caballeros fiado en las gentes de Beltrán que le llevaron á su tienda. Entró, vió brillar en su derredor enemigas hachas y picas, y en medio de ellas á su hermano completamente armado; estalló en ambos el odio que tan profundamente arraigaran mutuas ofensas y tantos años de encarnizada guerra, tiraron de sus puñales, y empezó una lucha horrible, tras la cual, entre el removido polvo que levantaron los dos combatientes abrazados en fiero abrazo, los atónitos circunstantes vieron alzarse pálido y sangriento... al nuevo rey D. Enrique. Apenas se supo la desastrosa muerte de D. Pedro, la ciudad de Molina, cuya posesión había el de Trastámara prometido al monarca aragonés, vino á entregarse á éste, prestándole pleito homenaje, ejemplo que imitaron otras villas y castillos. No se atrevió el de Castilla á reclamar la posesión de Molina, pero para inquietarle en ella y tal vez arrancársela con artificio, donóla á Beltrán Duguesclin, que la aceptó con otras plazas, á pesar de saber muy bien que hacían parte de la donación que el mismo Enrique otorgara al monarca aragonés, prorumpiendo al instante en amenazas contra éste, marcando las personas sobre quienes recaería su venganza, y negándose á pasar á Cerdeña conforme se lo recordaba el vizconde de Rocaberti enviado á Castilla para este objeto. Felizmente por orden de D. Enrique tuvo que ir á pelear en Portugal contra el rey D. Fernando, y fueron inútiles las disposiciones que para recibirle tomara el rey Don Pedro. Declaróse la guerra entre ambos reinos, Duguesclin reclamaba con orgullo la posesión de Molina y sus compañías estaban prontas á lanzarse á la primera orden; mas no se descuidaba el rey de Aragón, que tenía apercebido todo su ejército á las órdenes del infante D. Juan, al paso que mandaba abastecer y fortificar todas las ciudades, villas y castillos de las fronteras de Castilla, Navarra y Francia.

Entonces, por Setiembre de aquel mismo año, el jefe militar

de Gerona, el señor de Lefimbert de Fonellar, mandó fortificar la iglesia de San Félix, rodeándola de foso por las partes susceptibles de ataque y construyendo almenas y manteletes. Fué la fortificación más notable, y *Pedro Zacoma* no tuvo al menos por entonces el disgusto de ver por sí mismo paralizados los trabajos de su obra, pues se hallaba en Castelló, y dirigía la fortificación *Juan Botet* (1).

Felizmente la intervención del rey de Francia, y la prudente cuanto firme política del de Aragón, que contrajo alianza con los primeros potentados de entonces, atajaron los progresos de aquella guerra, y pudieron de este modo continuarse las obras de San Félix hasta el 1374. Pero duraba en el corazón de Enrique de Castilla el deseo de vengarse del monarca aragonés á quien no creemos tan ignorante en el arte de gobernar que se dejase deslumbrar por meras promesas de paz ó tregua, mayormente cuando había plazas que recobrar y mutuos agravios que satisfacer; y á la verdad muchos eran los cabos pendientes por cuyo medio podía anudarse el roto hilo de la guerra, sin que en ello apareciera mancillada la buena fe de los monarcas que estipularan observar treguas por algún tiempo.

Ya después de la batalla de Nájera, que devolvió el perdido trono á don Pedro I de Castilla, desconfiando el Ceremonioso de la lealtad de Enrique en cumplir lo prometido, entablara relaciones con el príncipe de Gales, relaciones que no volvieron después á romperse con la Inglaterra y que llevaban por objeto nada menos que la conquista y repartimiento de Castilla entre las altas partes contratantes. Las guerras á que tuvo que atender el inglés no dieron por entonces lugar á semejante empresa, pero aquel proyecto no se perdió enteramente para todos, y quedábanle al de Trastámara, ya rey de Castilla, enemigos que sólo esperaban una ocasión para ponerlo por obra. Siguió el rey

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro titulado=*Obra=Receptæ et expensæ ab anno 1365, Expensæ*, fol. XXXVIII.

de Aragón con el duque de Lancáster los tratos que entablara con el príncipe Negro; poco antes de la época de que hablamos le enviara varios embajadores en distintas ocasiones, y en aquel año de 1374 tenía el duque hechos serios preparativos para invadir la Castilla con título de rey, fundado en los derechos de su esposa doña Constanza, hija del desgraciado don Pedro; reunidas estaban sus huestes, y no seremos nosotros los que consideremos ó no móvil de estas operaciones al Ceremonioso, que nunca dejó traslucir su verdadera intención ni se comprometió á tomar un partido decisivo. Mas por su parte, aprestábase D. Enrique para romper la tregua entrando por la frontera de *Molina*, mientras ayudaba y armaba por el lado de Francia al infante don Jaime de Mallorca, para clavarlo, valiéndonos de la expresión del novelista inglés, como una punzante espina en el corazón de sus estados. Pero, en gracia de la claridad, retrocedamos un tanto y presentemos en resumen las causas de la enemistad del infante contra el rey don Pedro.

Deseando vivamente el de Aragón unir á sus estados el reino de Mallorca, que en cierta manera no debiera haber estado jamás de éstos dividido, procuró con su sagaz política justificar á los ojos de la Europa la usurpación que meditaba. Largas y reñidas fueron las contestaciones entre el infeliz don Jaime, último rey de Mallorca, y su cuñado don Pedro, y la lira de los poetas españoles debiera ya haber cantado algunas de aquellas ricas escenas, que bien valen tanto como cualesquiera del reinado del *Justiciero* de Castilla. No contento el de Aragón con haber obligado al de Mallorca á prestarle homenaje por su reino y los condados de Rosellón y Cerdeña, dejóle comprometido en una guerra con toda la Francia, y mandó formarle proceso á pretexto de varias falsas imputaciones, que produjeron la incorporación de aquellos estados al reino de Aragón. Echemos un velo sobre la escandalosa acción del rey aragonés que retuvo en su poder á D.^a Constanza, teniéndola separada de su marido desde que de buena fe acudieron ambos á Barcelona

á ponerse en sus manos, y pasemos en silencio las sangrientas guerras entre aquellos dos cuñados que pararon en la muerte de don Jaime acaecida en Mallorca á 25 de Octubre de 1349, en la batalla que ganaron los generales de D. Pedro, D. Gilaberto de Centellas y D. Riambao de Corbera, que se hallaba allí de paso para Cerdeña. Entretanto el hijo del difunto gemía preso en Játiva, de donde se le trasladó después á Barcelona, sin que lograsen su libertad las reiteradas instancias del Sumo Pontífice (1). Perdida toda esperanza de recobrarla por semejantes medios, resolvió el infante emplear la violencia, y valido de sus servidores y sobornando algunos de los oficiales encargados de su custodia, escapóse de su prisión á 1 de Mayo de 1363, partiendo al punto á Nápoles, donde pasado un año se casó con la reina D.^a Juana, viuda del rey D. Luís que falleciera á veinte y seis del mismo mes. Desde entonces su nombre suena en la historia de casi todas las guerras que en algo contrariaban los intereses de su tío el *Ceremonioso*; de manera que, ya después de la batalla de Nájera en que fué vencido don Enrique, el príncipe de Gales, que entablara relaciones con el de Aragón, indicóle á éste que convenía al decoro de su persona y de su familia dar algunos estados en su reino al infante de Mallorca. Sin embargo, pronto la segunda irrupción de D. Enrique en Castilla volvió á encender la guerra, si es que en realidad había estado apagada, y al apoderarse aquél del castillo de Burgos, prendió también al infante de Mallorca que en él se hallaba. Muerto el rey D. Pedro en Montiel, y ocupando por fin el hasta entonces bastardo de Trastámara el trono de Castilla, temió el rey de Aragón que con motivo de sus diferencias pusiese en libertad á su sobrino D. Jaime, y tratando de reconciliarse con el nuevo monarca, insinuóle al mismo tiempo que

(1) En Barcelona estaba en el llamado Castillo Nuevo, por el cual se paseaba durante el día acompañado de guardas, encerrándolo de noche en una jaula de hierro donde tenía su cama.

cualquiera que fuese el curso de las negociaciones no rescatase la persona del infante. Pero sobreviniendo la ocupación de Molina y demás lugares por el *Ceremonioso*, enredáronse otra vez los sucesos hasta el punto de declararse la guerra, y el de Mallorca recobró su libertad, merced á las setenta mil doblas que por él pagó su esposa la reina de Nápoles, quedando empero casi aliado del rey Enrique. Éste era, pues, quien le auxiliaba en los aprestos que ya estaba haciendo el infante en 1373, mientras por su parte disponíase para romper por Aragón cuando espirase la tregua. Entró por fin por Rosellón el de Mallorca á la cabeza de un lucido ejército de aventureros; mas hallando todo el país armado y dispuesto á escarmentarle, dirigióse á la Seu de Urgel, pasando luégo á Aragón, donde hicieron sus gentes mucho daño, y tras una campaña sumamente prolongada y sin gloria tuvo que entrar en Castilla, donde falleció.

Á la primera noticia de su entrada en Rosellón, volvió á fortificarse San Félix, pero aquella fortificación debía ser fatal para el pobre edificio. Al principiar las obras del claustro, llevado el arquitecto del temor de que tal vez fuese por allí escalada la iglesia en futuras guerras, construyólo mucho más bajo, anteponiendo la seguridad de toda la colegiata y de Gerona á la grandiosidad de la construcción que estaba á su cargo. Así subsistieron á pesar de las frecuentes guerras y correrías de que eran teatro aquellas fronteras; sin embargo, nunca había estado pronto á invadirlas, desde la edificación del claustro, un ejército como el que acompañaba al infante de Mallorca. Por Agosto de aquel año, 1374, tapióse del mejor modo posible aquella parte de San Félix, mas no desapareciendo con esto el peligro de que se aprovechase el enemigo de su misma poca elevación para trepar de allí á lo alto de los muros del templo; por Setiembre mandó el jefe militar su derribo, que á 18 de aquel mes puso en ejecución el Cabildo fiel á la promesa que hicieron los pasados al rey D. Pedro *el Grande*, costeándolo

de los fondos de la misma obra (1). Extraño destino fué el suyo, principiarse ya bajo por temor al peligro, proseguirse lentamente, sufrir frecuentes interrupciones, servir de obra avanzada, y venir al suelo incompleto tal vez, pagando su demolición la misma mano que costó su obra. No debía empero perderse para siempre su memoria, pues á poco tiempo, por Junio de 1378, compraba el conde de Urgel veinte y cinco pares de columnas, á razón de cincuenta sueldos el par (2).

Largo fué el intervalo que después de la mencionada tentativa del infante de Mallorca dió tranquilidad y descanso á las agitadas fronteras, y durante él, continuó con ardor la obra de San Félix. Á 8 de Octubre de 1375 los libros de ella ya no dan cabida en sus páginas á las cuentas que ocasionaban las fortificaciones, y en su lugar vuelven á aparecer los salarios repartidos á los varios trabajadores que realizaban la idea de *Zacoma*. Proseguíase la construcción del campanario en Noviembre de 1376, en que el expresado arquitecto firmaba á favor del obrero Francisco Corona recibo de siete libras barcelonesas, parte de la cantidad estipulada en la contracta de 1368; lo mismo verificaba á 10 de Setiembre de 1378, y después de esta fecha no vuelve á aparecer su nombre hasta el año de 1385, en que de nuevo se fortificó la iglesia para resistir á las compañías francesas que habían entrado en el condado de Ampurias en defensa del Conde contra el rey D. Pedro. En lo alto del campanario construyéronse almenas y aspilleras en que trabajó el mismo

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro de la fábrica, n.º 6. *Recepta et expensæ ab anno 1374 ad 1386.*—*Expensæ* fol. 5. «Item diluns á XVIII del dit mes hagui II mestres e III manobres p. desfer les clastres axi com lo capità e moss. labat avie menat forem hi tota la semana...» Fol. 6. «Item diluns XXV de Setembre foren á la obra los dits II mestres e III manobres p. splegar e desfer les clastres e tencar lo carrer den vandrel e aqls clastres q. son vers mitg jorn.»

(2) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro de Fábrica n.º 6. *Recepta* fol. LVIII.—«It Lany demunt dit á 15 del mes de juny vani XXV parels de colones de la Claustra de voluntat del honrat Capitol al noble é molt alt Senyor Compte de Urgel e donimen per parell L sous empero vanhiles bases els capitels é les taules...»

Zacoma; y para asegurar más las comunicaciones con la ciudad, edificóse un puente desde el templo á la vecina puerta del muro (1). Ésta fué la última fortificación considerable que paró el curso de las obras en la colegiata, pues aunque en 1389 volvió á tratarse de preparativos de defensa y hubo por entonces algunos movimientos militares en el Rosellón y en Cataluña, no fueron de tanta trascendencia, que en gracia de su narración debamos prolongar estos apuntes. Pocos años antes aparece en los códices el nombre de otro artífice, señalado con el humilde título de cantero, que en verdad hiciéranos dudar de su mérito, á no saber que aun los más ilustres arquitectos de aquella edad condecorábanse con los dictados de *lapiscidas*, estatuarios y escultores. Á 13 de Octubre de 1383 *P. Ramón* se obligaba á construir la bóveda por la parte de la capilla de Ramón Carol, médico del rey, que legó á la colegiata un censo por Junio de 1379 y fué enterrado en la pared exterior (2). Según la contrata, fijábase su paga á setenta libras barcelonesas, y debía dejarla concluída desde 13 de Octubre hasta la siguiente Pascua; obra no muy notable á primera vista, pero apreciable para los que observan que sobre aquella bóveda carga mucha parte de la pesada mole del campanario (3).

Por fin en 1390 gozaba aquel país de perfecta tranquilidad, y buena y segura prueba es de ello la orden que á 13 de Abril por el Cabildo se dió de deshacer los corredores de la fortificación, destapiar puertas y ventanas, y bajar otra vez los bancos al templo. De entonces, pues, fuese sin interrupción continuando la obra del campanario, que quedó perfecta en 1392, acabando con ella los trabajos más considerables que en aquella colegiata se emprendieron; de modo que preciso es salvar el intermedio

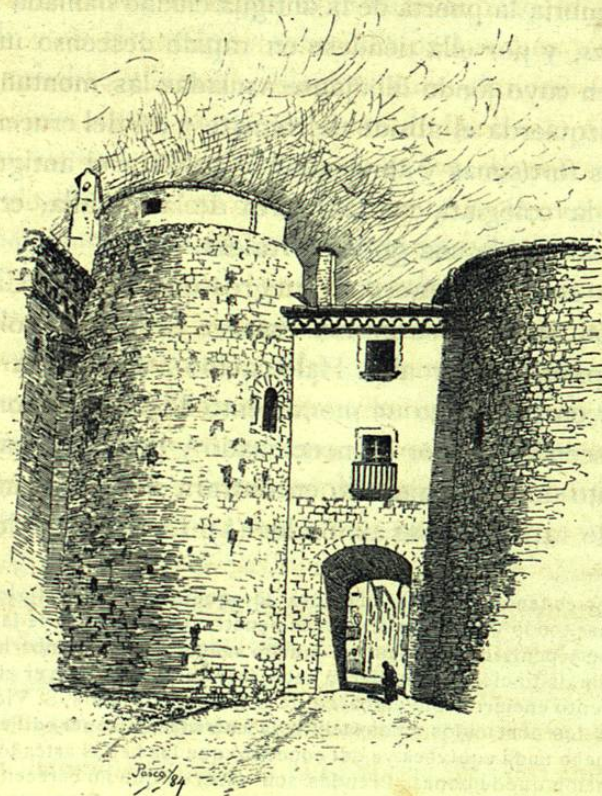
(1) Idem. libro: *Obra=Receptæ et expensæ* ab anno 1365.—*Receptæ*, folio XXI.

(2) Idem. libro de Fábrica n.º 6, desde 1374 hasta 1386; *Receptæ*, folio LXXII.

(3) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro de Fábrica, n.º 6. *Expensæ* fol. LXXXX.

de dos siglos para dar con la construcción de la puerta principal, que se contrató por partes en distintas épocas y por diferentes precios: parte á 6 de Enero de 1605 por 1090 libras, y parte á 1 de Junio de 1610 por 1945.

Si quiere el lector respirar por un momento entre negruzcas paredes el aire que tantas veces respiraron Pedro el Grande, el Ceremonioso, y los más ilustres infantes de la casa de Aragón,



GERONA.—PORTAL DE SOBREPOTAS

haga otra vez muestra de su agrado y buena voluntad saliendo con nosotros del templo de San Félix por la puerta de mediodía. Salude al pasar las antiquísimas tumbas que de aquellas paredes